



David Gray

Crónica de un viaje en Borneo



1	EL RIO	11
2	LA SELVA	33
3	CON LOS PUNAN NELIBUN	59
4	LA MARCHA HASTA EL LAMANIYUK	71
5	EN LONG LUSA	101
6	A LO LARGO DEL LAMANIYUK	131
7	LA SELVA DE NUEVO Y UNA DESPEDIDA	151
8	BAPEI	173
	EPÍLOGO	193



DESDE HACE TRES DÍAS no ha habido más que el barco, avanzando lentamente por el río, llevándonos cada vez más hacia el interior, el barco, el olor a diesel, y el golpeteo del agua contra los pesados tablones del casco. De vez en cuando causa cierto revuelo el paso de alguna embarcación cargada de gente que vuelve a casa para pasar el *Hari Raya*, el fin del mes del ayuno. El resto del tiempo yacemos descalzos, confinados en el espacio abierto a los lados del interior del barco, el aire espeso y pegajoso a nuestro alrededor, el agua oscura del río deslizándose a unos pocos centímetros de nuestras cabezas. La mayor parte del tiempo dormitamos o miramos distraídamente las aguas turbias, acariciando de vez en cuando con los dedos la superficie para así coger alguna hoja flotante o alguna pequeña rama, testimonios mudos del mundo de los vastos bosques a los que nos vamos aproximando paulatinamente.

Ayer hicimos una parada para repostar en uno de los pequeños asentamientos de la ribera. Una fila de tablones balanceándose bajo mis pies y al final un pequeño *warung* flotante donde una mujer bien entrada en carnes y con dientes de oro sirvió un café denso y azucarado con plátano frito. Se acercaron los niños del lugar, enormes ojos oscuros, suaves rostros morenos enmarcados por un pelo negro azabache. Observaban concentrados cada uno de mis movimientos. Mis preguntas amables por sus nombres provocaron risitas y sonrisas tímidas. Una niña susurró una respuesta cubriéndose la boca con la mano para luego refugiarse detrás de sus amigas, aterrada por si seguía otra pregunta.

Apareció el *Kepala Desa*, el jefe de la aldea. Nos saludamos a la manera musulmana, dándonos la mano, pronunciando nuestros nombres y tocándonos el corazón.

‘*Dari mana tuan?*’ –‘¿De dónde viene, señor?’

‘Samarinda’

‘*Rencana ke mana?*’ – ‘¿Y adónde va?’

‘*Ke hulu Pak. Ke tempat orang dayak.*’ – ‘Río arriba, donde viven los dayak.’

‘*Ada apa disana, tuan?*’ – ‘¿Qué hay allí para usted, señor?’

Le conté que no tenía ni idea y que por eso iba, para descubrirlo. Me miró completamente desconcertado para después sonreír dubitativamente y asentir de manera benigna y condescendiente, como lo haría uno ante algún comportamiento incomprensible de un niño pequeño.

El motor del Cahaya Purnama se despertó ruidosamente, rompiendo el silencio que se había apoderado de la conversación. El *Ke-pala Desa* se despidió desde la orilla, agitando la mano, buena parte de la población de la aldea congregada a su alrededor. Algunos niños pequeños corrieron por la orilla animando y gritando mientras otra pandilla entusiasta chapoteó tras nosotros en una canoa pero todos pronto desistieron de su persecución amistosa. La aldea desaparecía en la distancia a medida que orientábamos de nuevo la proa contra la corriente y seguíamos nuestro curso río arriba.

El viaje es absurdo, claro está. Me dirijo hacia Rajang, que es todo lo lejos que llega el Cahaya Purnama – continuar río arriba es demasiado peligroso para estas pesadas embarcaciones fluviales. Frente a Rajang en la otra orilla está Tengen, la primera de las aldeas dayak. Traigo una carta de presentación para el jefe de la aldea, un hombre llamado Sigau Kaling. Tengo la esperanza de que encuentre a alguien que me guíe por la selva. Mi destino final es Long Nawang, cerca de la frontera con Sarawak, bien adentro del Apo Kayan y a muchas semanas a pie.

Estoy tan mal equipado para este viaje que es ridículo. Llevo unos pocos medicamentos – antibióticos, tabletas para la diarrea, pastillas contra la malaria, líquido antiséptico y tiritas. En mi mochila tengo un par de medias a prueba de sanguijuelas hechas con sacos de harina, unos pantalones cortos y otros largos, un par de

camisetas y un *sarong*. Mis cámaras viajan en una vieja bolsa de lona que ha visto tiempos mejores, junto con toda la película que me puedo permitir: seis carretes de Kodachrome. De calzado, unas sandalias abiertas de cuero. No exactamente tecnología punta.

No podría haber hecho esto hace dos años, cuando llegué a Borneo por primera vez, recién salido de la universidad. El recuerdo me viene a la mente poco a poco. Una sucesión confusa de avión y jeep y lancha río arriba y luego Samarinda. La cúpula de la mezquita reluciendo enorme y plateada al sol, los barcos madereros agazapados como depredadores en las turbias aguas del río. Las colinas elevándose grises y verdes en la calima más allá del pantanal. Bajándome torpemente de la lancha al muelle. Cieno negro bajo mis pies con olores que lo acompañaban. Un alboroto de voces gritándome. Manos que intentaban apoderarse de mi equipaje. Un calor asfixiante. Por doquier caras que se mofaban de mí. Risas estridentes como única respuesta a mi indonesio balbuceante. Una sensación de pánico creciente, y entonces un occidental barbudo que se abrió paso braceando entre la multitud. ‘¿David Gray?’ – ‘Sí.’ – ‘Bob Matthews. Venga, vámonos de aquí.’

Una vez ya instalado en la casa de huéspedes, decidí dar un paseo. Igual las primeras impresiones habían sido equivocadas. Las calles residenciales eran tranquilas al principio pero luego di de golpe con la calle principal. La gente se paraba en seco al verme, se quedaban boquiabiertos, y empezó a caerme una lluvia de abucheos. Fui acelerando cada vez más el paso pero no encontré tregua a los gritos en ningún lugar.

Entré desesperado en un callejón angosto. Ahora estaba en los pasillos cubiertos del mercado principal, precipitándome hacia adelante en la semi-oscuridad, el nivel de ruido aumentando en el reducido espacio. Voces rudas que se burlaban y reían. Un joven se lanzó hacia mí en un ataque simulado para desviarse en el último momento con una especie de grito de karate. Distinguí una luz al final de un pasillo y me abrí paso hacia ella, aturdido por el calor,

la hostilidad y el ruido. Saltando por encima de un montón de fruta podrida, aparté a una mujer que vendía verduras y salí a empujones a una calle relativamente tranquila. Solo después me di cuenta de que me habían birlado la cartera.

La perspectiva de pasar dos años en Samarinda se me presentaba como una condena de cárcel.

Es de noche en el barco y nos hemos acomodado para dormir. La brisa hace que los mosquitos apenas nos molesten. Me tumbo en las esterillas envuelto en mi *sarong*, la cabeza apoyada en la mochila, los tablones vibrando suavemente debajo de mí. Las cosas fueron a mejor en Samarinda, claro. Era eso o marcharme. Con la ayuda inestimable de Bob y su mujer kutai, aprendí lo esencial: a comer con los dedos y a usar un *sarong*; a hablar un indonesio correcto y algo de bugis; a encender siempre una tira anti-mosquitos antes de dormirme; a asistir a pequeños eventos comunitarios como bodas y fiestas de circuncisión; a descalzarme antes de entrar en una casa; a sonreír y asentir con la cabeza mientras le daba la mano a mi anfitrión; a montar en moto; a beber café de un dulce casi tóxico; a relajarme bajo el calor pegajoso en vez de resistirme a él; a mantener las típicas conversaciones (*¿de dónde vienes? ¿a dónde vas? ¿comes arroz? ¿te gusta la comida picante? ¿estás casado? ¿por qué eres tan alto? ven a mi casa*); a vivir con una diarrea semipermanente de baja intensidad.

Fue Bob – antiguo voluntario de una ONG americana, cinturón negro de judo, veterano en estas latitudes – el primero en hablarme del Apo Kayan, tierra de origen de los dayak kenyah, conocidos en su día en el mundo exterior por su costumbre de cortar cabezas humanas. Viven mayoritariamente en sus tradicionales casas comunales, relativamente aislados, expertos en el bosque, alimentándose de la caza, la pesca y la agricultura rudimentaria, unas gentes que hace mucho que abandonaron sus costumbres guerreras y que según dicen se muestran hospitalarios con los forasteros. Los extraños motivos serpenteantes de su cestería de ratán revelan una sociedad que

tiene una cultura artística muy desarrollada. Los kenyah hablan su propio idioma, tienen sus propias creencias religiosas, y sus costumbres difieren bastante de las de la gente de la costa. ¿Cómo podría vivir dos años en esta isla sin ir a conocerlos por mí mismo?

Continúa...